

Teisho, julio de 2018

Enseñanza oral en forma de conferencia impartida por un maestro Zen o un discípulo propuesto por el maestro, durante la cual el ponente desarrolla su comprensión sobre un punto particular del dharma (palabra en sánscrito: enseñanza, ley, principio rector del universo, realidad tal como es en su totalidad).

La memoria de los tiempos antiguos

Raphaël Doko Triet, monje zen, abad del templo Seikyujī

Han You (768-824) es, con Libai y Du Fu, uno de los grandes poetas chinos del periodo Tang. La dinastía Tang se conoce como la Edad de oro de China. Va desde el año 618 al 907, es decir desde el siglo VII al siglo X. Con una única interrupción de una quincena de años entre el 690 y el 705, durante la cual alguien ocupó momentáneamente el poder.

Durante este largo período la poesía, aunque no solo la poesía, vivió un extraordinario impulso y, aún hoy, sigue siendo la esencia de la poesía china.

Un día Han You desplegó los cinco dedos de su mano y dijo que entre cada uno de ellos se alojaba la sombra de la primera alba.

Este tema, “la memoria de los tiempos antiguos”, es apasionante.

En los años 80 se habló mucho de la memoria del agua. Los científicos recogían muestras de hielo a diferente profundidad en los casquetes glaciares y, al analizarlas, obtenían huellas de la época a lo largo de la cual el hielo había estado en contacto con la atmósfera.

Esta misma experiencia se llevó a cabo con el carbón: memoria del tiempo cuando estaba en la superficie de la tierra o, inversamente, cuando ese mismo carbón recogido en la superficie de la tierra, ofrecía valiosas informaciones del tiempo en que estuvo profundamente hundido bajo la corteza terrestre.

Todo ello para obtener valiosas informaciones de la vida, del clima, del calentamiento a lo largo de los siglos.

Lo que me interesa, sin embargo, y de lo que quiero hablar, es de la memoria que no se apoya en soporte alguno – ya sea el agua, el carbón o también esas huellas visibles en la piedra o en el interior de las grutas – pero que está ahí, presente, la memoria que Han You evoca: la sombra de la primera alba entre cada uno de sus dedos desplegados.

Teisho, julio de 2018

Sigo convencido de que aquello que un día nos conmovió y que ha hecho que estemos aquí hoy en este templo, está unido a esa memoria antigua. Una memoria de la que, por supuesto, no tenemos ningún recuerdo ni consciente ni inconsciente. Porque ¿podemos, de verdad, hablar de memoria o de huella indecible?

Esta memoria tiene que ver con la huella de los primeros días, con aquella noche lejana al cabo de la cual el Buda Shakyamuni despertó y también, sin ninguna duda, con algo más lejano aún.

Nosotros no lo decidimos todo. Todos nosotros mantenemos vivo el recuerdo de lo que nos condujo a hacer zazen y, después, a seguir la Vía: conocer a Sensei, el libro *Verdadero Zen*, un cartel del Maestro Deshimaru en una pared anunciando el campo de verano, el sonido de la madera anunciando el zazen mientras recorríamos una calle.

Étienne me decía que un día, después de *kinhin*, al volver a su sitio y ver a Sensei que se balanceaba a derecha e izquierda, sin mirar a nadie, se dijo a sí mismo que eso era lo que él quería seguir. Pero ¿es una decisión que nos pertenece de verdad? ¿De verdad es ese el acontecimiento que despertó en nosotros algo más profundo, hundido en nuestro interior?

Todos nosotros podemos notarlo en ciertos momentos del día, en el hueco de esa hora, cuando cesa el viento, callan los pájaros, se alargan las sombras, cuando todo en la naturaleza parece retener la respiración. En ese momento se instala un silencio maravilloso, inquietante casi, como si de pronto todo se volviera más ligero; un nexo invisible se establece con lo que nos rodea, como un hilo que nos uniera: seres sensibles y seres insensibles.

En el dojo, durante zazen podemos sentirlo; en una sesshin, al alba o al atardecer se dibuja a veces una forma de silencio, un silencio que no se ha de tocar. Conducir una sesshin es ser capaz de oír ese silencio y, cuando se presenta, eclipsarse.

Teisho, julio de 2018

Es una brisa silenciosa e inmóvil que nos deja mudos.

A menudo he rememorado esta historia que a Étienne le gustaba contar: Un día, tras haber pasado un tiempo hablando con Sensei, precisamente cuando caía la tarde, se instaló ese silencio y todas las personas presentes se callaron largo rato. Sensei miró a cada uno de aquellos pocos discípulos presentes y dijo: «¿Quién ha hecho esto?» Nadie contestó, tampoco Sensei. Étienne contaba que en aquel instante se sintió completamente estúpido y añadía que ese sentimiento no le había abandonado nunca.

El escritor ruso Anton Chéjov escribió un cuento precioso que se titula *El Estudiante*; de los muchos que escribió éste es su cuento preferido. Evoca ese vínculo indecible con lo infinito que se establece súbitamente y nos sorprende. La acción sucede durante la Semana Santa, justo antes de Pascua.

Yvan Velikopolski, estudiante de teología, camina solo por la campiña rusa, cae la tarde; de nuevo ese momento entre dos luces, en el que los árboles dibujan danzarinas sombras. Llega cerca de la casa de dos viudas. Se detiene atraído por el fuego y el calor.

Muy rápido establece un paralelismo entre esa fría noche y la noche en que Jesús fue prendido. Yvan, el estudiante, les habla a las dos mujeres de aquella funesta noche y les transmite la emoción que él mismo siente.

El agobiante frío, el calor del fuego, las palabras del tiempo antiguo que pronuncia el estudiante, de pronto la mujer de más edad se funde en lágrimas, su hija también está conmovida.

En la mirada de los tres protagonistas se establece un vínculo indecible, un vínculo con aquella otra noche lejana. El estudiante desea buenas noches a las viudas y retoma su camino.

Teisho, julio de 2018

Chéjov escribe:

«El estudiante pensó que si las dos mujeres se habían conmovido eso significaba que el suceso que él había relatado, acaecido diecinueve siglos antes, guardaba alguna relación con el presente, con aquellas dos mujeres y, probablemente, con la desierta aldea, con él mismo y con toda la humanidad. (...) El pasado, pensaba, estaba ligado al presente por una cadena ininterrumpida de acontecimientos que se sucedían. Y tenía la sensación de que acababa de ver los dos extremos de esa cadena: al tocar uno de ellos, había vibrado el otro.

Más tarde, mientras atravesaba el río en una balsa y ascendía una colina, contemplando su aldea natal y la estrecha franja del ocaso, que brillaba a occidente con su luz púrpura y fría, pensaba que la verdad y la belleza, que habían guiado la vida humana en el huerto de los Olivos y en el patio del sumo pontífice y había perdurado de manera ininterrumpida hasta el día presente, constituirían por siempre lo más fundamental de la vida humana y de todo cuanto había sobre la tierra. (...) una dulce e inefable esperanza de felicidad, de una misteriosa y desconocida felicidad, se apoderaron poco a poco de él y la vida se le antojó maravillosa, encantadora, imbuida de un elevado sentido.»

Este cuento siempre me ha parecido conmovedor. No es necesario ser cristiano para que te conmueva. Chéjov habla de esta humanidad inherente, de ese vínculo que un día se nos aparece y nos sorprende, por no decir que nos despierta y nos dice: no eres tan importante; todo empezó hace mucho tiempo. Las palabras que pronuncias, los poemas que escribes, ¿los escribes tú? ¿Eres de verdad tú? ¿Acaso no se han cantado todos, no los ha puesto sobre pergamino otra mano, quizás al alba de la humanidad?

Cuando Chéjov habla de los «dos extremos», con todo mi respeto hacia él, no creo que haya dos extremos. Incluso si el Buda Shakyamuni fue el primero en hacer que girara la rueda del dharma y en revelarlo al mundo, ya existía, no está en ningún extremo, los budas del pasado dan testimonio de ello.

Teisho, julio de 2018

Para volver a las palabras de Sensei: «¿Quién ha hecho esto?» No se puede contestar. Pero la memoria que he evocado al principio del *teisho* no es más que *Bodaishin*, el espíritu del despertar, el hecho de despertar a nuestra verdadera naturaleza.

En el capítulo «Genjo Koan», Dôgen nos dice: «*Quedar certificado por todas las existencias es hacer realidad ese vínculo inquebrantable con todas las existencias, pero también con todo lo que nos rodea.*»

No es necesario ser un hijo del Buda para comprenderlo. Chateaubriand en sus *Memorias de ultratumba* escribe:

«El ser humano no necesita viajar para crecer; lleva consigo la inmensidad. Un acento escapado de vuestro pecho no conoce medida y halla eco en miles de almas: quien no tiene dentro de sí esta melodía, en vano la solicitará al universo. Sentaos en el tronco de un árbol abatido en el corazón del bosque: si en el profundo olvido de vosotros mismos, en vuestra inmovilidad, en vuestro silencio no encontráis el infinito, es inútil que vayáis a buscarlo a las orillas del Ganges.»

Estas palabras escritas a principios del siglo XIX tienen un sentido muy particular cuando un siglo más tarde hordas de jóvenes corren desde la India hasta Extremo Oriente a la búsqueda de un infinito ya presente en el corazón de cada cual.

Este vínculo, que llamo *memoria*, a falta de otra palabra más apropiada, no es memoria en el sentido más corrientemente utilizado. Se trata de otra forma de memoria. Esta no conlleva recuerdos. Tampoco está limitada por nuestros sentidos: ya sea el olfato, la vista, el tacto ni tampoco el gusto. Quizá podríamos hablar de memoria genética, hundida en el corazón del genoma. Quizás iría mejor la palabra prehistoria.

En 2007 fui a la Biblioteca nacional a ver una exposición sobre el poeta René Char. Al visitarla recuerdo haberme detenido ante un poema y quedarme durante largos minutos maravillado.

Teisho, julio de 2018

Escribió este poema en prosa el día en que el primer ser humano pisó el suelo de la Luna y en él establece un paralelismo con las pinturas rupestres de la gruta de Lascaux.

René Char dice:

«El hombre del espacio, que nace en este día, será un millón de veces menos luminoso y revelará un millón menos de cosas ocultas que el hombre de granito, recluso y recostado en Lascaux, con sus fuertes brazos libres del barro de la muerte.»

Este poema me dejó noqueado, lo leí y lo releí. Este poema habló al monje que soy, como en eco a la profunda y silenciosa soledad de nuestra práctica. También encontré la evidencia de un nuevo vínculo con el hombre de granito, recluso y recostado en Lacaux.

Las palabras del maestro Dogen en el *Fukanzazengi* – «*El zazen del que hablo no es el aprendizaje de la meditación, es el dharma de paz y felicidad, la manifestación de la última realidad.*» se cargan cada día de un sentido más profundo.

Estos textos, que Sensei tradujo y comentó durante los primeros años de su misión y que a veces se consideran “para principiantes”, se cubren, con el tiempo, de una particular pátina y siguen revelando ahora y siempre tesoros, destellos inesperados. Creo que siempre será así.

El año pasado comenté ampliamente un poema del maestro Dogen que Kodo Sawaki recogió.

El poema tiene por título: «*La soledad de Fukakusa*». Fukakusa es el lugar en el que se estableció el maestro Dogen a su vuelta de China, antes de crear Eihei-ji.

Teisho, julio de 2018

El poema dice así:

*«Nacer y morir
son de una nube la metamorfosis
que hemos de cultivar.
Senderos erróneos
y camino hacia el despertar
se recorren en el seno de un sueño.
Solo una cosa lo detiene todo:
¡Despertar!
y hacer que dure la memoria
del sonido de la lluvia en la noche
de la tranquila soledad de Fukakusa.»*

Tras haberlo copiado, Kodo Sawaki añade: *«Poema tranquila soledad del eminente ancestro de Eihei, escrito con toda humildad por su alejado descendiente, Kodo.»*

La soledad de Fukakusa no es solo la soledad de Fukakusa. Está bien claro que tiene que ver con la soledad de Fukakusa, pero también con ese preciso instante en el que despertamos a esa memoria antigua, pero también tiene que ver con toda la humanidad, con todas las soledades de los solitarios monjes, reclusos, protegidos en profundos bosques.

Esta mañana el *godo* ha leído un sutra que se recita en los templos antes de tocar la campana grande por la mañana. El primer verso dice: *«Al oír el sonido uno despierta a la vía.»* Es el sonido de la campana, pero no es solo el sonido de la campana. Se trata del vínculo con el infinito.

Cuando se corta ese vínculo, esa respiración, es como un río que ya no fluye. Se secan las llanuras, mueren los bosques; la hierba no crece, la tierra se recalienta y arde; el ser humano enloquece. Es, de alguna manera, la situación a la que hemos llegado. Está bien claro que tendremos que tomar decisiones radicales, pero no solo. Cuando proponíamos un proyecto al maestro Deshimaru, lo que en un primer momento le interesaba era el espíritu que animaba el proyecto.

Teisho, julio de 2018

De la misma manera, lo primero que hay que cambiar son las conciencias, el espíritu.

Issan tenía dos discípulos. Una mañana el primero entró en la habitación del maestro et Issan le dijo: «*He tenido un sueño ¿puedes interpretármelo?*» El discípulo salió corriendo y volvió con agua caliente y una toalla.

El segundo discípulo entró e Issan le planteó la misma pregunta: Salió y volvió con té y pastas.

Issan les dijo:

«He actuado de manera fortuita. No es la forma habitual, pero en un sutra se dice: Para ver nuestra naturaleza de buda hemos de esperar el momento oportuno y las circunstancias favorables.»

Cuando llega el momento, uno despierta como de un sueño. Es como si nuestra memoria recordara algo olvidado desde hace tiempo. Uno comprende que lo que ha obtenido viene de sí mismo y no de algo exterior a sí mismo.

Este poema tiene una dimensión intemporal: Fukakusa no es un lugar fijo, es un lugar en ingravidez. Fukakusa es como la flor de Udumbara que florece cada dos mil años. Pero dos mil años es el tiempo de ahora, el tiempo eterno. El tiempo de la práctica: no dejéis que se escape inútilmente este precioso momento: sed su receptáculo, su benevolente refugio.

Buena práctica.